

# Decision

Guillermo Sullivan



# Capítulo 1

## Decisión

Rodrigo y Samanta se conocieron en un parque, un parque verde y frondoso, y en donde solían presenciarse varias mariposas multicolor. Esa tarde decidieron festejar sus dos años de noviazgo con una hermosa velada. En punto de las diez de la noche, acudieron a un restaurante bar de la ciudad. Comieron..., platicaron, sonrieron, y se dejaron llevar por el ritmo de una noche bella y estrellada. Al día siguiente, amanecieron de nueva cuenta en casa de Rodrigo. Y mientras samanta preparaba café para ambos, Rodrigo estaba leyendo uno de sus artículos de publicidad, pues era redactor de una revista cultural

—Rodrigo —le acercó su café con leche—, ya es tiempo de hacer las cosas bien, ¿no crees?

Él la miro con cariño.

—A qué te refieres —se incorporó frente a ella—. ¿A casarnos?

—Sí, a eso me refiero —contestó ella.

Rodrigo dejó su café en una mesita de madera que estaba en el centro de la sala, luego se acercó tenuemente para abrazarla.

—Está bien, amor —dijo él—. Tienes toda la razón. En estos próximos días vamos a planearlo.

Samanta lo abrazó, y se dejaron envolver por un hermoso calor mutuo.

Era la gran ilusión de Samanta, casarse de blanco, así que durante los próximos días se dispuso a hacer una lista de invitados, y lo necesario para llevar a cabo la ceremonia. Doña Julia, la madre de Samanta, le regaló el vestido de bodas, y su padre Ernesto, se comprometió a regalarles una casa. Y al cabo treinta días, ya todo estaba programado para el evento. Sin embargo..., una tarde de aquellas, Rodrigo se personó frente a Samanta para decirle algo importante a su prometida.

—Samanta..., —dijo él—, tenemos que hablar, es algo importante.

—Sí, dime —respondió ella—. ¿Pero por qué tan serio?

—Bueno, no sé cómo decírtelo —dijo él—, pero se trata sobre nosotros.

—¿Sobre nosotros? —dijo ella—. Te refieres a nuestra boda.

Rodrigo inclinó su cabeza hacia abajo con seriedad.

—Sí, es sobre nosotros... —repuso él—, es sobre nuestra relación.

Al parecer, Samanta advirtió algo en el lenguaje corporal de Rodrigo, podía sentir que lo que estaba a punto de escuchar, irremediablemente la iba entristecer.

—La verdad no sé cómo empezar —dijo él—; pero se trata de otra mujer, alguien que apareció en mi vida. Yo sé que tal vez no es el momento adecuado para decirlo, pero es mejor ser honestos, tal vez de este modo podríamos evitar otros problemas.

Los ojos de Samanta empezaron a anegarse de lágrimas, luego se sentó en el sofá de dos cuerpos de la sala, mientras Rodrigo dirigió su mirada hacia algún lugar de la ventana, algún punto de sus pensamientos.

—¿Cuándo la conociste? —preguntó ella—. ¿La conozco?

—Eso no importa, Samanta —respondió él—, lo que importa es el presente, y no podía seguir mintiéndote sabiendo que me querías. Creo que decir la verdad es lo mejor en estos casos.

—Pero por qué a estas alturas de nuestras vidas, Rodrigo —dijo ella—. ¿Por qué hasta ahora?

—Lo lamento —dijo él—, lamento que haya que tener que esperar hasta ahora. Pero igual podríamos ser amigos. Te confieso que me duele decírtelo, Samanta. Y por favor no me veas como un canalla; yo sólo quiero lo mejor para ti.

En eso, el rostro de Samanta se ruborizó, luego se incorporó frente a Rodrigo, y acto seguido le propinó una bofetada, cuya resonancia se escuchó a varios metros de distancia.

—¡Esto es para que aprendas a ser hombre! —le gritó—. ¡Ahora lárgate de mi casa!

Rodrigo la miró con el rostro enrojecido.

—Está bien..., como tú digas —repuso él.

Rodrigo salió de la casa y se subió al auto de una mujer hermosa de no más de treinta años, su nombre era Amalia. Asimismo, el auto se marchó del lugar. Samanta los vio por la ventana.

Los días pasaron, como nubes ensombrecidas, como aves extrañas, y Samanta seguía sumida en una gran tristeza, no había momentos en que no pensara en Rodrigo, pues lo cierto es que aún lo amaba. Dos años de noviazgo no podían desvanecerse en un abrir y cerrar de ojos. Y lo peor de todo, era que no podía soportar la burla de algunas de sus supuestas amigas, quienes le preguntaban de mala fe sobre su boda, a lo que ella respondía: «me vale un bledo la boda». En realidad era su forma de evadir el escarnio público y el qué dirán. Poco a poco había descubierto quiénes eran realmente sus amigos.

Por entonces, Samanta estaba por cumplir los treinta y cinco años, y prácticamente tenía toda una vida para buscar el hombre de su vida, y nunca en su existencia le faltaron pretendientes, a diferencia de otras mujeres quienes le cuesta trabajo encontrar el amor de su vida. Además, su oficio de secretaria la hacía estar en contacto con varias personas, y esto contribuyó a atenuar su congoja. Y al cabo de dos meses, Samanta ya estaba asimilando la situación, y su vida se fue discurrendo de una forma casi normal. No obstante, por aquellos días, apareció Amalia en la puerta de su casa. Quería hablar con Samanta.

—¡Lárgate! —gritó Samanta—. No te quiero en mi casa.

Amalia estaba llorando.

—Por favor, déjeme hablar —dijo Amalia—. Se lo ruego, señorita.

—¡Ya te dije que te largues! —repitió Samanta— ¡Qué no me escuchaste!

—Está bien —dijo Amalia—, me voy. Sólo vine aquí para dejarle una carta. Es de Rodrigo.

Samanta la miró con un dejo de furia.

—No quiero nada de él —dijo Samanta—. Así que hágame el favor de retirarse o llamo a la policía.

—Por favor, Samanta —dijo Amalia—, déjame hablar, no te quitaré mucho tiempo.

Samanta se tranquilizó, respiró profundo, y exhaló una corriente de aire caliente, luego reaccionó...

—Está bien —dijo ella—, dime lo que tengas que decir, y luego te vas.

—Sí, está bien —dijo Amalia, al momento de sacar una carta de su bolso café.

Ella le ofreció la carta con un temblor de manos.

—Es una carta de Rodrigo —dijo Amalia.

—¿Y por qué no me la entregó él? —pregunto ella.

—Por qué él ya no está aquí —respondió.

—En dónde está —dijo ella.

Amalia empezó a llorar, estaba compungida, estaba haciendo esfuerzos por querer hablar, pero por más que se esforzaba no podía.

—Hace poco tiempo murió —dijo Amalia, casi balbuceando.

—¿Qué? —dijo ella—. Dices que murió.

—Mejor dicho —dijo Amalia—, se quitó la vida, se pegó un tiro en el pecho.

Samanta estaba absorta, no podía entender, trató de asimilar la situación pero no entendía.

—Dices... que se quitó la vida —dijo Samanta con tristeza.

—Así es... —repuso Amalia—, se quitó la vida.

—Entonces tú debes ser la... otra —dijo Samanta.

Amalia lloró abiertamente, estaba destrozada, no podía proferir ninguna palabra, intentaba hablar pero volvía a llorar.

—Mejor me voy —dijo Amalia—. Allí en la carta están todas las respuestas que usted quiere saber. Ya no sé qué hacer. Pero he cumplido con mi parte.

—Adiós, señorita —dijo Amalia, al momento de marcharse en silencio.

Luego se subió en su auto, y se marchó.

—Qué es lo que pasa —se dijo para sus adentros Samanta.

Samanta estaba sumamente confundida, no tenía idea por lo que estaba pasando Amalia, pero igual se dispuso a abrir la carta, y en ésta decía lo siguiente:

Hola, Amalia, espero que te encuentres bien. Si esta carta está en tus manos, es porque yo ya pasé a mejor vida. El caso es que tiempo antes de nuestra ruptura, me encontraron un tumor cerebral, así que decidí quitarme la vida. Ya te imaginarás lo que eso significaba. No quería atar tu vida a un moribundo, Samanta. No quería que sufieras por mi culpa. Y mi decisión ya estaba tomada. Perdóname si te lastimé, pero fue una forma de despedirme. Siempre te amé, Amalia. Y la mujer que te entregó la carta, es mi hermana, ella nunca supo de mis planes, sólo le dije que me acompañara hacia tu casa, para decirte que íbamos a romper nuestra relación. Por favor, no la culpes.

Adiós, y sé feliz con alguien...

Rodrigo.

Poco a poco Samanta dejó caer la carta al piso, sus manos estaban temblorosas. De pronto, se le vino a la mente varios recuerdos de cuando ella y Rodrigo eran novios, de aquellas caminatas mientras se tomaban las manos por el parque donde abundaban las mariposas; recordó las muchas veces que la hizo reír durante días difíciles, esa era su forma de ser: tratar de solucionar las cosas sin que los demás sufran. Recordó sus hábitos de escribirle poemas a media noche, para luego enviárselas a su correo electrónico. Ahora el panorama había cambiado, ahora Rodrigo ya no era aquel canalla a quien ella bofeteó, y ese amor latente parecía acrecentar en su corazón, como alguna fogata bajo una luna llena. Sólo entonces, es ese momento en que ya era muy tarde para decir algo, para decirle adiós, sintió una profunda tristeza dentro de su ser, una humedad que era

necesario vaciar, y entonces...lloró amargamente.

—¡Rodrigo! —gritó.